

dido? ¡Ah! Si yo la cogiese... ¡Si me fuera posible devolverle el mal que ha hecho, matarla como ella lo ha matado... creo que, antes de darme ese placer, ese grandísimo goce, la interrogaría, querría saberlo todo!

XII

4 de Julio.

Luisa Bauquet ha llegado ayer, el día 7, á la hora indicada. La he encontrado con los ojos cargados y la cara flaca. Como el viaje de París á Boloña no ha podido cansarla mucho, supongo que la señora de La Bére, como ésta misma me lo hizo presentir, la habrá hecho trabajar demasiado estos días. Pero conmigo, que no he de exigirle un gran trabajo, y con la ayuda del aire del mar, se repondrá pronto. Las caras estropeadas como la suya se estropean más por cualquier cosa. La belleza de los pocos años se altera con más facilidad que una belleza seria que conserva los rasgos de su regularidad, la pureza de sus líneas, aun después de algún cansancio. Porque soy demasiado justa para desconocer que

esta muchacha, sin ser bonita, es muy agradable. En el siglo pasado los hombres hubiesen dicho al verla: "Tiene el aire tunante, la mirada asesina.," Hoy, deben aplicarle esta frase, de la cual abusan, pero que expresa bastante bien el pensamiento: "No es bonita; es peor que bonita.,"

Guapa ó fea, con tal que me convenga, estoy contenta; y creo que me convendrá. La señora de La Bére tal vez no me haya engañado al decirme que es una criada modelo, capaz de servirme de señorita de compañía si es menester. Para demostrar á mis criados que la destino también para ese cargo, que la coloco algo por encima de ellos, le he designado una alcoba próxima á la mía, y he decidido que almuerce y coma sola, á las mismas horas que yo. Así consigo mi objeto: la elevo á los ojos de los demás, estoy menos aislada de noche en este caserón enorme, que me parece vacío desde que su amo no vive en él y desde que, por lo tanto, he disminuído considerablemente el número de criados. Si se me ocurre, puedo, al levantarme de la mesa, llamar á mi señorita de compañía para salir de paseo con ella. Sus quehaceres no quedarán desatendidos, porque cuando tenga que salir

los atenderá una criada del país que estará al efecto á sus órdenes.

Todo esto arreglado, ayer, después de comer, pasé la velada en mi balcón, contemplando el mar, y me acosté cuando tuve sueño sin llamar á nadie. Hasta esta mañana, pues, no me ha sido dado apreciar á Luisa Bauquet como doncella. Deseosa sin duda de mostrar-me su celo desde el principio, de darme lo antes posible la prueba de lo que sabe hacer, espía el momento en que yo despertase. Apenas se entreabrieron mis ojos, entró en mi alcoba, y lentamente, de puntillas, sin tropezar en ninguna parte, como si no estuviese á oscuras, se ha acercado al balcón para descorrer el cortinaje, con precaución y como si temiese deslumbrarme si abría de pronto.

—¿Hace buen día?—le he preguntado, por decir algo y con objeto de que viese que estaba bien despierta.

—Magnífico, señora Duquesa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Oh! ¡Qué tarde! Aquí, ordinariamente, soy muy madrugadora. Voy á levantarme.

Enseguida, muy de prisa, pero sin hacer ruido, se ha acercado á mi cama, me ha dado

en un momento lo que necesitaba para levantarme, como si ella misma lo hubiese dejado en orden la noche antes, y arrodillándose, ha comenzado á ponerme las medias. Ordinariamente esto lo hago yo sola, porque la doncella que tenía anteriormente se daba muy malas trazas. Ésta me ha parecido hacerlo tan bien que la he dejado. Sin duda vestía de pies á cabeza á sus anteriores señoras, y por no perder algo en el concepto suyo no he querido demostrarle, saltando de la cama, que amenudo las Duquesas se hacen servir menos que las señoras de la clase media.

Como no basta para ser una buena doncella saber calzar y poner una bata, esperaba para juzgarla otra habilidad, un ejercicio más difícil.

Después de haber tomado mi desayuno, que ella me sirvió en el veladorcito de costumbre, porque sin duda por instinto conocía ya todas mis manías, pasé á mi tocador y le dije que me peinase.

—¿Qué peinado desea la señora Duquesa?— me preguntó.

—El mismo, éste. Mientras dure el luto no podré ponerme otro.

—Es que—hizo observar dulcemente—la

señora no podrá juzgarme si le hago un peinado tan sencillo.

—¡Ah! Suponéis—dije alegremente—que deseo saber á qué atenerme sobre vuestras habilidades.

—Sería una cosa muy natural.

—En efecto, como es natural también daros ocasión de que las mostréis. Peinadme á vuestro gusto. Si lo hacéis demasiado historiado, si no resulta bastante sencillo, lo desharéis otra vez. Por hoy sólo se trata de un ensayo hecho en mi cabeza, como si fuera la de un maniquí.

Ella rió, como yo misma reía, pero de una manera discreta, respetuosa. Luego puso manos á la obra, y debo confesar que jamás había visto mano más hábil trabajar en mi cabeza. Si entre mis cabellos, sueltos en espesas ondas sobre mis hombros, su peine encontraba algún mechoncillo rebelde, enredado, en vez de hacer fuerza para tratar de romper el obstáculo, lo cual destroza el pelo, lo deshacía suavemente, con la punta de sus dedos, que se movían tan ligeros y suaves que yo apenas los sentía.

Se le habría podido reprochar que andaba un poco despacio en esta especie de trabajo

preliminar, de entretenerse algo en él, como si sus manos fueran perezosas. Pero yo no pensaba en quejarme, porque me iba adormeciendo poco á poco, como sucede amenudo cuando una se encuentra bajo la influencia de las caricias del peine. Esa somnolencias, esa languidez que jamás había experimentado yo en caso semejante, me daban una especie de bienestar, me producían cierta dulce voluptuosidad, y me entregaba á ella.

Mis ojos, sin embargo, no estaban enteramente cerrados: á través de las pestañas, muy juntas, pero aun abiertas, veía en el espejo que se hallaba delante de mí á Luisa Bauquet que subía y bajaba el brazo, que pasaba de derecha á izquierda, que se retiraba un poco para ver el efecto, para juzgar su obra, que ahora iba adelantando. Debía estar muy satisfecha, pues algunas veces, inclinada hacia mí, parecía estar admirándome en verdadero éxtasis. Por mi parte, yo, medio dormida, la seguía con mirada complacida, y no podía menos de encontrar muy graciosos todos sus movimientos, todas sus posturas, su fisonomía tan rica en variaciones de expresión, con sus ojos vivarachos, sus narices siempre agitadas, y la puntita de la lengua, que embebida

en el trabajo, ella paseaba distraída por sus labios rojos.

Ya no era la doncella reservada, correcta, que yo había visto en mi casa y en la de la señora de La Bére. Era una artista que tomaba en serio el trabajo de peinar, que se elevaba hasta el arte y se aplicaba á él como un pintor se aplica al cuadro, ó como un escultor á la estatua que hace. ¿No he oído yo á un modisto célebre, al cual preguntaba su opinión sobre un cuerpo de vestido, responderme: "Ruego á la señora Duquesa que me deje tiempo para inspirarme, para aislar mi pensamiento?" Y enseguida, para inspirarse y aislarse, levantó la mirada al cielo, como sin duda la elevaban Rafael ó Murillo cuando creaban sus vírgenes.

De pronto, enmedio de mi somnolencia, que me tenía más dormida que despierta, creí sentir un soplo cálido en mis cabellos y también algo así como el contacto de una cosa que quemaba y que estaba un poco húmeda.

—¿Qué es eso?—dije sobresaltada y retirando la cabeza.

—Nada—respondió vivamente Luisa Bauquet.—Me estorbaba un pelo de la señora Duquesa, porque se empeñaba en sobresalir de

los otros, y no teniendo tijeras á mano, lo he cortado con los dientes.

Al mismo tiempo se había empinado y me enseñaba por el espejo, entre sus dientes diminutos y sus labios entreabiertos, un pelo rubio.

Medio sonriente, medio seria, le dije:

—Otra vez servíos de las tijeras. Os vais á estropear los dientes haciendo eso.

—¡Oh!—me replicó ella.—Los cabellos de la señora son demasiado finos para eso; jamás he visto otros más hermosos, ni de un color más bonito.

—Veamos lo que habéis hecho—dije por variar de conversación y evitar sus pipos.

Al levantarme me acerqué más al espejo y contemplé mi peinado.

Me había hecho lo que se llama, según creo, un casco á lo Minerva, que me sentaba á las mil maravillas. Hacía mucho tiempo que no me veía tan bien peinada ni tan guapa. En mi alegría, en mi satisfacción de amor propio femenil, no pude menos de decir:

—Está muy bien, muy bien. Tenéis verdaderamente mucha habilidad.

—Puesto que la señora Duquesa está satis-

fecha—replicó ella,—me atreveré á pedirle una recompensa.

—¿Cuál?

—Que conserve ese peinado todo el día.

—¡Ah! ¿Queréis tener tiempo de admirar vuestra obra?

—Quisiera sobre todo admirar más tiempo á la señora Duquesa, que está muy guapa así.

—¿Verdad que sí?—dije ingenuamente con cierta tontería, porque cuanto más me miraba, más veía que tenía razón. Pero enseguida, para castigarme por mi vanidad y tal vez también para castigarla por su exagerado entusiasmo, añadí sentándome:—No, no quiero estar así. Despeinadme.

Ella obedeció sin murmurar; deshizo en un instante su bonita obra, é hizo otra mucho más sencilla, más del caso.

—Tampoco está mal—dije para consolarla. Pero en realidad no me encontraba tan bien. El casco á lo Minerva me sentaba mejor, me hacía más guapa.

Luego me puse un sombrero, no una pame-la de campo, sino un sombrero de luto riguroso, de viuda, y bajé al parque y luego al jardín, con objeto de coger unas florecillas silvestres y hacer un ramo de margaritas.

Cuando hube terminado esa tarea, cogí mi *Diario* y me puse á relatar lo sucedido aquella mañana. Al leerlo después de escrito, me pregunté á mí misma por qué he hablado tanto de Luisa Bauquet. Perfectamente que me interese como doncella y como peinadora. ¿No es natural que desee saber á qué atenerme sobre una persona que ha de estar á mi servicio? Perfectamente también que observe su habilidad, su tacto, sus buenas maneras. Son cualidades de su oficio y que debo hacer constar con placer, porque me harán la vida más cómoda. Pero ¿por qué preocuparme de su aire, de su cara, por qué escribir al principio de este último capítulo que cuando llegó parecía llegar cansada? Busco, porque siempre me ha gustado analizar, los sentimientos, las ideas á las cuales obedezco, hasta cuando se trata de hechos insignificantes, de cosas menudas ó de personas de poco más ó menos.

Después de haber buscado, creo encontrar la razón. En primer lugar, estoy sola aquí, lejos de toda noticia, privada de toda distracción; la llegada de esta muchacha un poco extraña, que parece ser superior á las de su condición, ha sido para mí un pequeño acontecimiento. En París, en medio de mi animada

vida de costumbre, hubiese pasado inadvertida y no me hubiera preocupado de ella. Aquí pienso en Luisa más de lo que se merece.

Esta atención que le presto tiene tal vez otro motivo también más verdadero, más serio. Á consecuencia de una especie de alucinación, de cierto cansancio de cerebro, me asombró un momento cierto parecido, y á despecho mío, á pesar de mi voluntad, todavía hay momentos que me asalta aquella idea. Mi primera impresión no se ha borrado por completo. Acaso sigo viendo en Luisa Bauquet á Melinita. Esto pasará, como pasa todo. No me preocupo de ello. Sin embargo, me alegro mucho de haberme sometido á un interrogatorio, para no asombrarme más de que el nombre de la doncella que acabo de tomar aparezca amenudo en las páginas de mi *Diario*, escrito en verano, en plena temporada de campo y de ocio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

4 de Julio.

Para acabar el mismo día y formarme una opinión completa sobre Luisa Bauquet, le he dicho después de almorzar que esté pronta para salir conmigo á las tres. La elevaba así, de la mañana á la tarde, desde el cargo de doncella hasta la dignidad de señorita de compañía. De este modo había motivo para que ella se desvaneciese. ¿Se desvanecería? Su traje, sobre el cual he echado una rápida ojeada al venir á buscarme á la hora fijada de antemano, me demostró al punto que al vestirse, al menos, gozaba todavía de buen juicio. Vestido de batista azul marino con cuadros blancos. Cuerpo plegado y cinturón. Pequeña capota de paja blanca con

bridias de terciopelo azul, del mismo tono del vestido. Guantes grises de piel de Suecia, de tres botones. En la mano sombrilla de seda negra y echado al brazo un abrigoito, llevado por precaución para el caso de que la tarde refrescase. Todo esto resultaba verdaderamente propio, sencillo, distinguido, sin demasiada elegancia; traje, en fin, de una chica pobre, pero de buena casa, hecho por ella misma ó comprado, sin grandes gastos, en los almacenes de ropas hechas.

Su calzado, sin embargo, en que me fijé cuando al unirse á mí en la *victoria* salvó el estribo, no procedía de uno de esos almacenes: la forma inglesa de aquellas botinas era demasiado selecta; su cabritilla mate, fina, ligera, recogía perfectamente un pie chiquitín, estrecho y alargado, que avaloraba el calzado. Debía haber pagado por estas botas, lo menos, 60 pesetas, y para una doncellita... No, no soy justa en este momento, es la señora de compañía y ha querido honrar el cargo. Además, ¿no se debe contar con la coquetería de las mujeres, cualquiera que sea su posición social? Esta muchacha sabe que tiene el pie lindo, desea lucirlo, lo cual es muy natural, y se sacrifica en otras cosas,

sabe Dios de qué se priva, con tal de calzarse perfectamente.

Le he indicado que se siente á mi lado. Ella ha obedecido sin turbación, procurando, sin embargo, arrellanarse, desaparecer en su rincón manteniéndose á distancia. Yo no podía tampoco designarle otro asiento. Cuando dos mujeres solas ocupan un coche, no puede colocarse una en el asiento principal y otra al vidrio. Por último, mi *victoria* no tiene una buena bigotera, y esta razón basta. Desde mi llegada á las Ruinas yo no había salido todavía de casa; y así he decidido que mi primera visita sea para mi vieja Boloña, la villa alta, la que más me gusta, porque era también la que más le gustaba á él.

Llegados al sitio, he echado pie á tierra y he entrado en Nuestra Señora. Terminadas allí mis oraciones, he dado una vuelta por la famosa iglesia, con objeto de volver á ver las bellezas, y acaso también para enseñarlas. Yo me convertía de esta manera en *cicerone* de mi criada. Cuando se admira, ¿se puede resistir el deseo de comunicar la admiración á los demás? Un día, sobre una montaña de los Pirineos, al ponerse el sol, he dicho á un pastorcillo que estaba cerca de mí:

“¡Dios mío, qué hermoso es esto!”, Él no me comprendió, pero así y todo, yo he gozado con hablar y con comunicar á alguien mi entusiasmo. Se preferiría que este alguien fuese presentable; pero cuando no hay donde elegir, se toma lo que se tiene á mano.

Así, he procurado hacer admirar á Luisa Bauquet lo que yo mismo iba admirando, á saber: el altar de Nuestra Señora, una maravilla antigua con mármoles, piedras raras, malaquita y lápiz-lázuli; después del altar, la capilla de la Virgen, con su gran mesa de mármol de Carrara, la cúpula de triple bóveda y sus grandes efectos artísticos.

Al subir otra vez al coche, cedí al impulso de demostrar un poco de erudición contando la leyenda de Nuestra Señora. De cómo en el siglo VII, bajo el reinado del rey Dagoberto, la Virgen María se apareció á los habitantes de la villa de Boloña, viniendo por el mar en una barquilla sin vela y sin remos ni marineros ni ser alguno vivo, sino la Virgen sola, con aire dulce, adornada con modestas vestiduras, graciosa en su actitud y con belleza superior á todas las mujeres de la tierra. Los habitantes del pueblo que la vieron llegar se quedaron estupefactos; pero ella les

dijo: “Quiero que una luz divina descienda hasta vosotros y vuestra ciudad. Haced inmediatamente que se edifique una iglesia dedicada á mí, en el sitio que he elegido y que voy á designaros.”

Luisa Bauquet me escuchó atentamente sin quitar la vista de mí, como mira un alumno á su profesor, y después me dijo:

—¿Me será permitido preguntar á la señora Duquesa si cree en esa leyenda?

Perpleja me quedé sin saber qué contestar, porque no tengo ideas fijas acerca de la leyenda en cuestión, y, sin embargo, no quise aparecer como dudando, y creí salir del apuro preguntándole á mi vez:

—¿Acaso no tenéis religión?

No se turbó, y sin comprometerse, sin responderme, de igual manera que yo no le había contestado categóricamente, me dijo en voz baja y bajando la cabeza y con muchísimo respeto:

—Se puede, creo, sin herir la religión, no dar fe á ciertas cosas. Entre la religión y la superstición hay gran diferencia.

Me quedé maravillada, no de la idea que acababa de expresar, sino de su frase correcta y de su manera de exponer su pensamiento.

Decididamente esta muchacha tiene talento natural, ó ha vivido muy íntimamente con las señoras á quienes ha servido.

De la parte alta de la villa nos fuimos á la Columna, como se llama por antonomasia en el país á la Columna del Gran Ejército, que es su verdadero nombre. Ante este monumento, levantado en la plaza en que Napoleón I distribuyó solemnemente á sus soldados la cruz de la Legión de Honor, también hice gala de mi erudición, aumentada esta vez con un poco de entusiasmo exclusivista. Porque en mi calidad de semiboloñesa, á pesar de mis opiniones, ó más bien de las opiniones de los míos, admiro con toda mi alma á Napoleón I, y tengo para mí como un imbécil á mi tío el Marqués de X, hermano de mi abuelo, que llamaba desdeñosamente á aquél verdadero genio el Sr. de Buonaparte, proponiendo suprimir su reinado de la historia de Francia.

—Aquí — exclamé, — sobre esta llanura, frente á frente de Inglaterra, de su flota que la nuestra tenía á raya, se ha visto reunido en Julio de 1804 un soberbio ejército; toda la Guardia Imperial, todos los soldados de Jemmapes, de Fleurus, de Arcole, de Marengo, de las Pirámides. Allá, en el centro, un trofeo

de banderas y estandartes tomados al enemigo. Sobre un trono, el Emperador, rodeado de sus Ministros, sus Generales y su corte. Después, más allá, en todas partes, en la llanura como en el mar, cien mil espectadores venidos de todos los ámbitos de la Europa. Entonces, al ruido del cañón y de los tambores, del *Canto de la partida* tocado por las músicas del ejército que dirigía Méhul, el Emperador, tomando las cruces una á una de los cascos de Bayardo y de Duguesclin, empezó la gran distribución.

Me había exaltado, recordando á mi marido, que me describió esta escena casi en los mismos términos; y volviéndome hacia mi compañera, como lo había hecho otra vez en la montaña con el pastor, sin reparar que era un pastor:

—¡Qué hermoso debió de ser este espectáculo! ¿No es verdad?—le dije.

—Muy hermoso, señora Duquesa—contestó con voz en que no se notaba nada de emoción.—Pero Napoleón I no se habría tomado el trabajo de distribuir esas cruces de la Legión de Honor á los valientes y á los dignos, si hu-

biese podido prever que más tarde, andando el tiempo, habría de traficarse con ellas, vendiéndolas ó comprándolas por unos miles de francos.

Esta reflexión me desagradó. La encontré inoportuna y demasiado fría; pero sin mostrar el menor descontento, no respondí nada.

Al volver bajo el influjo de la brisa del mar que traía al subir la marea, hizo que se refrescase el tiempo; y Luisa Bauquet, cuidadosa de su personita, se puso el abrigo. Esta prenda llamó mi atención por su corte elegante, demasiado elegante. Era una chaqueta de corte de sastre, que me pareció proceder de una de las primeras casas de París.

—¿Dónde ha comprado eso? — le pregunté.

—En el *Printemps*, señora Duquesa—respondió al punto, como si esperase la pregunta teniendo preparada la respuesta.

—¡En el *Printemps*!—repuse admirada.

—Sí, sí, señora Duquesa, se lo aseguro. Y la adquirí muy barata: era lo que se llama un reclamo.

—Pero ¿es posible que una prenda hecha le caiga á V. tan bien á su cuerpo, y se ajuste tan perfectamente á su cuello?

—¡Oh! No, señora Duquesa. La he arreglado yo misma.

Curioseando la prenda, entreabrí el cuello, y exclamé:

—¡Calla! Tiene una marca, la del *Printemps*, sin duda, puesto que allí la ha comprado...

—Sí,—añadió.—Era la marca del *Printemps*, pero he procurado quitar las huellas... Mire, señora.

Y separó todo el cuello para dejarme ver una pequeña tira de seda, en la cual habían estado impresas unas letras de oro, cuidadosamente borradas.

—¿Por qué ha borrado la inscripción?—le pregunté.

—Por amor propio, por vanidad. Esta chaqueta, en efecto, parece salir de manos de un sastre, y he procurado ocultar que proviene simplemente del *Printemps*. Pero he creído debía decir la verdad á la señora Duquesa, puesto que no debo engañarla.

¡La verdad! ¿Cuál será? ¿Se habrá borrado el *Printemps*, ó el nombre de un sastre? ¿La casa barata de precios económicos, ó la gran casa en liquidación?

Mas ¿por qué me intriga esto? ¡Qué me importa!.... Mucho. Es importante para mí saber

si tengo á mi servicio, si paseo en mi coche una embustera y una coqueta, ó una hábil sastra que sabe arreglar las prendas, convirtiéndolo en correcta una chaqueta de un almacén de pacotilla. ¿Me convenceré de lo que es esta Luisa? Lo dudo, porque no se clarea demasiado.

Sin embargo, esta noche se le ha escapado un grito extraño, salido inconscientemente. Estaba cerca de mí en el balcón, teniendo en la mano la bandeja de un vaso de agua que había yo pedido, y como yo continuaba mirando las estrellas que empezaban á destacarse en el firmamento, le dije señalando un punto luminoso en el horizonte:

—Hé ahí á Venus que se alza en el cielo.

—¡Venus tan pequeña!—respondió.

¿Por qué la creía más grande? Se habría imaginado sin duda que la diosa del amor y de la belleza debía ocupar un espacio considerable en el cielo, á causa del importantísimo papel que desempeña en la tierra!...

XIV

18 de Julio.

Por la primera vez después de muchos años, he interrumpido mi *Diario* durante dos semanas. No tenía nada que contar, ningún pensamiento más ó menos bueno, más ó menos nuevo que inscribir.

Hoy todavía no tengo mucho que consignar; pero me gusta buscar aquí la causa de esta escasez de acontecimientos.

Por lo que toca á los sucesos no me extraña que me falten; porque, ¿qué puede sucederme á mí, llevando una vida tan regular como la que hago?

Despertarme á las ocho, baño, primer desayuno, tocador, paseo á pie en el parque, almuerzo, siesta, paseo en coche por los alre-

dedores, comida, nuevo paseo á pie por el jardín, lectura, acostarse, sueño...

Y todas las mañanas se repite la función indefinidamente.

Pero ¿por qué esta falta absoluta de ideas en mí, en mi espíritu, que siempre ha sido tan activo?

Debe proceder de que mi vida material es tan fácil, tan dulce, que adormece mi pensamiento. Goza el cuerpo de tal bienestar, que la cabeza no se ocupa en nada, nada desea, nada dice, nada piensa, en el temor de turbar aquella tranquilidad inalterable.

¿Mi existencia material no ha sido siempre lo que es ahora? No. ¿Vivo mejor que en otro tiempo? Sí... Y ésta es la falta, la gran falta de Luisa Bauquet.

Yo no había nunca soñado un servicio tan perfecto. No es una doncella, es una señorita de compañía lo que tengo en ella; es una esclava sumisa, inteligente, hábil como no se ha visto jamás en los harenes de Egipto ó de Turquía. No tengo necesidad de mandar; prevé mis órdenes y las ejecuta al más mínimo gesto ó á la más insignificante palabra. Yo no deseo ya; ella desea, antes que yo, por mí. No pienso ya; ella piensa por mí. Si por la

mañana al despertarme tengo necesidad de aire ó de luz, ella lo adivina; abre al punto y me da sol, y si no lo hay, cielo. Si, por el contrario, me agrada una dulce y tibia luz en mi cuarto, procura esta semioscuridad; si quiero permanecer adormecida en un agradable ensueño, lo comprende, é interponiendo su cuerpo entre la luz y mi persona, allí permanece inmóvil hasta mi completo despertar. Es una mujer legítima de Oriente. Hice bien antes en hablar del harén. Á veces, me creo ser alguna sultana, ó por lo menos la gran favorita de un Bajá. Y la ilusión es tanto más natural cuanto que, á la manera de la mayor parte de las damas turcas al salir del baño, ahora me hago amasar.

Yo no sabía lo que era el masaje, aunque me lo habían recomendado los médicos, hace tiempo, para evitar que se apoderase de mí la gordura. Desgraciadamente, las buenas amasadoras en París son muy raras. En cuanto á amasadores, para señoras, los hay; hasta tienen muchísimas clientes; pero he preferido engordar á utilizar uno de esos seres.

Después de mi consulta con los facultativos, sin haber obedecido la prescripción, he adelgazado, sin duda por miedo á necesi-

tar un día los servicios de esos hombres.

De algún tiempo á esta parte me he quedado estacionaria. Ni engordo ni adelgazo. Sin embargo, noto cierta tendencia á lo primero.

Habiendo comunicado á Luisa Bauquet mi inquietud sobre el particular y los consejos de mi médico, le añadí mis últimas palabras al doctor:

—Ustedes hablan á su antojo; pero ¿dónde está la mujer para el masaje? La he buscado inútilmente.

—¿No es más que eso?—replicó mi doncella.—Yo sé hacer la operación muy bien.

—¿Usted?

—Sí, aprendí en Hammam con una negra.

—¿Y ha ensayado, además, sin la profesora?

—Sí, señora Duquesa. En la señora de La Bére, á quien le sentó muy bien. Sin duda por eso sintió mucho que yo la dejase.

—¿Y cree en la eficacia del masaje?

—Cuando se ejecuta bien y por completo, sí, señora Duquesa. La señora puede probar si gusta, y si no le fuese bien ó no estuviera contenta, lo dejaríamos.

Lo probé, y de tal manera me va bien, que no suspendo la operación.

Por la mañana, á las nueve, se entrega Luisa Bauquet á sus ejercicios. Al salir de la cama paso á mi cuarto de baño, construído según mis deseos y el gusto de mi marido. Es una sala redonda, con las paredes de mármol rosa, sostenido por columnitas elegantes y capiteles lindamente esculpidos. La luz es zenital y entra por la claraboya de la cúpula que forma el techo. Se diría que era un pequeño templo griego, "el templo de Venus," según le llamaba el Duque en la época en que estaba enteramente enamorado de mí. La tina la constituye una gran concha empotrada en el pavimento, de mármol negro, cuyo color recorta sobre el tono rosáceo de las paredes, y está destinada, según expresión de mi marido, á hacer que se destacase la blancura rosa de mi piel... ¡Ah! ¡Siempre vuelve á mi memoria el ingrato! Si me encontraba tan bella, ¿por qué me engañaba?...

Gracias á un sistema muy bien ideado, puedo tomar á la hora que quiero y á capricho un baño de agua dulce ó de agua de mar, templado ó frío, sin estar á merced de la malaria y de la intemperie. Mi... templo... admi-

tamos el nombre, puesto que es el que él le ha dado... reemplaza ventajosamente las barracas de tela ó madera fijas ó portátiles. Me procura también la inapreciable satisfacción de estar al abrigo de miradas indiscretas. He procurado bañarme como todo el mundo en la playa, pero me he encontrado fastidiada de tantos ojos y anteojos dirigidos hacia mí. Los desocupados del país me hacían el honor, al parecer, de concurrir á la hora en que yo tomaba mi baño, para escudriñar y espiar todos mis movimientos y persona. Y así me he visto obligada á renunciar á las dulzuras del aire libre, de la arena y de las ondas.

Aquí, bajo mi cúpula, mi doncella sola puede verme, lo cual me evita una costumbre antipática, uno de los beneficios del baño á domicilio.

He oído decir, sin embargo, á una de mis amigas que todavía puede llevarse más adelante esta ventaja del baño tomado en la casa propia, y es á saber: permaneciendo una cubierta en el baño mismo y no saliendo jamás del agua ante la criada sin un peinador por lo menos.

Esto me parece muy bien, y he admirado tan exagerado pudor; lo cual, sin embargo,

no impide á mi amiga para descotarse en los bailes delante de todos, de una manera tan escandalosa que, aunque permitida, jamás me hubiera yo atrevido á emplearla. Ciertamente que yo no apruebo el hábito de las matronas romanas, que se bañaban enteramente desnudas ante sus esclavos del sexo masculino, pretextando que un esclavo no era un hombre. Pero hay un término medio entre un esclavo macho y un criado hembra, y confieso que no me incomoda que me vea desnuda mi doncella. Bien tapada, puedo ruborizarme ante las miradas de un hombre; poco vestida, no reparo en las de una mujer, sobre todo cuando ella está dedicada á vestirme y desnudarme diariamente.

Si mi pudor debía exaltarse ante Luisa Bauquet, me habría visto en la precisión de renunciar al masaje, que en el caso presente se encamina sólo á prevenir una obesidad en el futuro; es, pues, un masaje preventivo, por tanto general y no parcial, hecho directamente sobre los músculos y no sobre un traje ó unas mallas, como, por ejemplo, me proponía cierto médico, que sin duda me tomaba por una bailarina.

De la sala del baño, en simple peinador

pasó á mi tocador, donde me acuesto por completo en una *chaise-longue*, y Luisa Bauquet se sienta en un almohadón ó se hinca de rodillas para la operación oriental importada á Europa por la medicina.

El primer día yo temía el frío de su mano; pero hacía mal, su mano está templada precisamente á la temperatura de mi cuerpo: ya lo dije, esta muchacha lo prevé todo. ¡Y qué habilidad, qué ciencia! ¡Qué bien sabe encontrar los músculos y las coyunturas! Cómo los sigue desde su arranque hasta la terminación, desde el principio al fin, de la cabeza á los pies. Nunca me hace daño, y, sin embargo, apoya la palma de la mano y oprime con los dedos. En lugar de dejarlos correr, los detiene también, en ocasiones, sobre un solo punto, un punto amenazado, sin duda, de engordar, el cual cuida más que los otros, el cual oprime con mayor fuerza. Todo esto lo hace con tal ligereza, que yo no sufro nada, antes bien, experimento suave bienestar.

¡Y qué fuerza en esta mujercita, en este cuerpecito! Una fuerza nerviosa, el fuego sagrado que anima á la pasión de hacer bien; el masaje debe de ser para ella un arte, como el peinado. Con la rapidez con que trabaja, con

la actividad que despliega, estoy segura de que al cabo de cinco minutos yo me quedaría rendida, mientras que ella amasa y amasa durante una hora. Sus brazos, sus manos se agitan en todos sentidos, todo su cuerpo se estremece; ella se traslada de alto abajo, de derecha á izquierda, se echa para atrás ó se inclina hacia mí. Trabaja ardentemente, y, sin embargo, no lo parece. Sólo su tez se nota más animada, sus ojos más brillantes, las ventanillas de su nariz más abiertas; los brazos, las manos no se cansan nunca. Muchas veces me veo obligada á decirle: "Descanse; basta, basta por hoy."

Lo curioso es que cuando se para, soy yo la que se encuentra cansada. Sí, me sucede amenudo, después de la operación, quedarme embelesada en la *chaise-longue* en la postura en que ella me ha dejado, bien boca arriba, bien echada de lado.

En vez de alejarse para descansar, permanece á mi lado como si velase mi sueño. ¡Es el Oriente, nada más que el Oriente, siempre el Oriente!

Durante el día, cuando adivina que yo quiero salir, transmite al cochero la orden, antes que yo piense darla. Sabe qué coche me gustará, abierto ó cerrado, á tronco ó á limonera, *landau*, *carretela*, *victoria* ó cesto. No tengo más que montar y dejarme conducir. Si he salido vestida ligeramente en cuerpo ó con chal de verano que ella echó sobre mis hombros, puedo estar segura de que el tiempo no cambiará durante el paseo. Adivina las intenciones del cielo, como las mías. Acaso le hace sus confidencias.

Á la vuelta, la comida. Como ahora con un apetito que nunca me conocí. ¿Lo debo al masaje? Creo más bien que es ella ¡siempre ella! la que ha encargado en mi nombre algunos platos favoritos. Al menos, siempre lo sospecho por estar tan enteramente dedicada á mi persona, viéndola ir con frecuencia á la cocina. Ayer me han servido cierta langosta á la americana, que mi cocinero, á pesar de toda su ciencia, nunca atinó á poner bien.

Por último, durante la noche, no me fatigo la vista leyendo. Mi señorita de compañía lee para mí, con claridad, sencillez, con voz bien timbrada, vibrante y hasta entusiasta cuando el asunto lo exige. Escoge el libro que nece-

sito, según la disposición de espíritu en que ella me encuentra.

Sin embargo, me parece que prefiere las novelas modernas, las novedades, los autores atrevidos, pero que tienen el tacto de la audacia haciéndola tolerable.

Hasta en esto me ha comprendido perfectamente, sin necesidad de que yo se lo explique. Una mujer bien nacida, honrada, pero curiosa, que le gusta inquirir, y que se atreve á averiguar aun á costa de algunos insignificantes sacrificios de nimio pudor; que quiere conocer todo, para huir ó evitar los peligros ó saber combatirlos; que, á pesar del atractivo del vicio, permanece virtuosa, conscientemente virtuosa; esta mujer, digo, puede seguir la idea del autor hasta el final, hasta la última página, siempre que ella no haya visto más que la idea, siempre inmaterial, aun cuando toque á la materia. Cuando ve otra cosa, la frase demasiado cruda, la palabra harto brutal, que hieren sus ojos ó sus oídos, sus sentidos se sublevan, y todo su ser erguido rechaza aquel libro, al que toma miedo, ya que no repugnancia.

Amenudo tiene la culpa el autor por su torpeza; porque su idea, todavía indecisa, iba

á aparecer claramente sana al fin y al cabo. Una buena y gran lección iba á desprenderse de las escenas que en un principio pudieron interpretarse como de mero capricho para desarrollar la voluptuosidad; la falta de habilidad del autor habrá evitado la moralidad que debía surgir á la postre, de lo que parecía inmoral. La culpa la tiene el autor, por no haber guardado aquel primer precepto.

Pero, á veces, la culpa también radica en la lectora; ella habría podido interesarse en un estudio notable, en una obra de primer orden, si el autor, al presentar el vicio tal como es, en toda su desnudez, con todas sus fealdades, no por haberlo descrito menos finamente, con mano más ligera, hubiese la lectora tenido paciencia para esperar.

Y bien: al fin llego á decir algo. No es, ciertamente, ninguna cosa nueva ni admirable; pero al menos lo escrito prueba que mi pensamiento se ha despertado, y me siento feliz al consignarlo. Consigno al mismo tiempo que mi pensamiento duerme mucho, demasiado, y el examen ó revista completa de uno de mis días me explican este sueño, cuya causa buscaba; las largas mañanas en el lecho, el baño, el masaje, la siesta, las buenas

comidas, todos mis deseos previstos, mis caprichos satisfechos, en una palabra, la buena vida que llevo, me ha conducido á matar la actividad de mi espíritu... Y concluyo como he empezado, sin temor á equivocarme esta vez, atribuyendo la culpa de todo á Luisa Bauquet.